

Mas ¡qué clamor es éste,
Que en lo interior del alma
Siempre escucho sus voces,
Aunque nunca percibo sus palabras?
Con silencioso acento
Siempre tenaz contrasta
La engañosa dulzura
De la sirena infiel que me arrebató.
Escuchémosle un rato,
Por ver si nos declara
La duda desta dicha,
Que es imposible, siendo necesaria.
Digamos cómo acusa
Tu ilusión obstinada,
Y cómo a sus verdades
Aun las mentiras prestan eficacia....
Dios es el bien que buscas,
¡Y tu ciega ignorancia
Aquél inmenso todo
Busca en las criaturas, en la nada!
Búscate, pues te busca;
Óyete, pues te llama;
Que descansar no puedes,
Si en su divino centro no descansas.

PARÁFRASIS DEL SALMO 50,
Miserere mei.

Al trono de tus clemencias
Suban, Señor, mis congojas;
Que el permitir que las diga,
Es prenda de que las oigas.
Segun la esfera infinita
De tu piedad, me perdona;
Que á tan enormes delitos
Menor piedad fuera corta.
Número mis culpas tienen,
Mas no tus misericordias;
Disipa, Señor, las unas,
Magnificando las otras.
Lávame más; que aunque al pecho
Con tus promesas confortas,
En errores tan impuros
Aun es mancha la memoria.
Lávame más, y tu gracia
Borra con diestra piadosa,
Con la tinta de sus luces,
El carácter de mis sombras.
Porque conozco mi yerro,
Te pido le desconozcas;
Siendo raudal que le limpie
Las lágrimas que le lloran.
Siempre ante mí está mi culpa,
Cuya imagen horrorosa,
Aunque en el llanto me ciega,
Nunca su vista me estorba.
Duro fiscal de sí misma,
Verdugo atroz de sí propia,
Castigo eterno amenaza
Por duración transitoria.
Misericordia, Dios, misericordia.
Sólo contra tí pequé;
Pero si tu vista sola
Mira y condena mi culpa,
¿Que otros la ignoren, qué importa?
¿Qué importa que las tinieblas
Mis torpes yerros escondan,
Si á obsequio de tu justicia
Luces las tinieblas brotan?
Confieso y lloro mi culpa,
Y el que la confiesa y llora,
Pide que con él destruyas
El monstruo que sin tí forma.
Tú, Señor, has prometido
Que el que contrito te invoca,
Logre en la voz que le acusa
El eco que la perdona.
Cuando el juicio de los ímpios
A examinarte se oponga,
La verdad de tus palabras
Confunda, Señor, sus obras.
Misericordia, Dios, misericordia.

En culpa fui concebido,
Y su original ponzoña,
Aun siendo mi vida ajena,
Hizo ya la culpa propia.
¡Qué mucho, si á las raíces
Mortal veneno inficiona,
Que de las funestas ramas
Delinquentes frutos rompan?
No es disculpa á mi malicia
Que mi miseria proponga,
Sino añadir á tus luces
Más triunfo con mayor sombra.
Dios, de la verdad amante,
Ya el corazón y la boca,
Cuanto á mi mentira arguyen,
Tanto á tu verdad pregonan.
Tú, que las ocultas sendas
Que el juicio mortal ignora,
A mi pecho revelaste
Las tinieblas luminosas;
Y yo, en más luces más ciego,
Supe hacer más criminosas
Con los beneficios tuyos
Las ingratitudes propias.
Misericordia, Dios, misericordia.
Aquél celeste rocío
Que al humilde hisopo informa,
Las deformes manchas quite
De mi conciencia leprosa.
En la fuente de tu gracia
Lavando la impura estola,
En candores inocentes
Ambos á la nieve oponga.
Cuando el interior oído
Tus alegres voces oiga,
Reflorezca de mis huesos
La casi marchita pompa.
No el rostro de tu justicia
Sobre mis delitos pongas;
Tu piedad, Señor, los mire,
Que con su vista los borra.
Nuevo corazón te pido;
Que el que mi pecho aprisiona,
Cuanto en latidos alienta,
Tanto en recuerdos sofoca.
Un recto espíritu infunde
En mis entrañas ansiosas,
Que al impulso de tus leyes
Sus movimientos componga.
Misericordia, Dios, misericordia.
No me arrojes de tu vista,
Y la tutela piadosa
De tu espíritu sagrado
Nunca deje mi custodia.
De tu salud suspirada
Vuelvan, Señor, las memorias,
Que en esperanzas felices
Dulces posesiones logran.
Fortalezca mis desmayos
Tu inspiración poderosa,
Que cuanto frágil derriba,
Tanto benigno conforta.
Yo enseñaré á los inicuos
Con el perdón que me otorgas,
Y mi tiniebla ilustrada
Será de su error antorcha.
Por más que obstinado el ímpio
Tu sacra luz desconozca,
De tu piedad el reflejo
Amenazará sus sombras.
Misericordia, Dios, misericordia.
Dame valor con que rinda
La hostilidad sediciosa
En que á mi fuerte flaqueza
Sufro, siempre vencedora.
Si para vencer mi sangre
Mi espíritu corroboras,
Yo formaré de mis triunfos
Los himnos de tus victorias.
Desata, Señor, mis labios,
Para que con voz canora
Al futuro siglo anuncie,

Con mis miserias, tus glorias.
Si para aplacar tus iras
Bastasen víctimas solas,
Siempre de su tibia sangre
Tuviera tus aras rojas.
No aceptas, no, el sacrificio
Que impuro fuego devora,
Ni de las manchadas manos
Recibes las limpias hostias.
Del espíritu adigido
Las no explicadas congojas,
Siempre á sacrificios mudos
Encuentran piedad no sorda.
Del corazón humillado
La contrición dolorosa
Tanto en tu aprecio la eleva,
Cuanto en su polvo le postra.
Misericordia, Dios, misericordia.
Vuelve los ojos benignos
A la Sion que te implora,
Porque á su cautivo cuello
El tenaz vínculo rompas.
Tu Salem amada entonces,
Que su antigua paz recobra,
De los renovados muros
Ceñirá triunfal corona.
Entonces los sacrificios
Que la justicia disponga,
Antes que en tu altar pavesas,
Serán en tu sòlio antorchas.
Entonces los holocaustos
Darán en gratas aromas
Humos que la llama oculten,
Sin que los votos escondan.
Entonces de puras reses
Las bien elegidas copias
A los religiosos filos
Darán las cerviceras prontas.
Misericordia, Dios, misericordia.

ROMANCE.

A Cristo crucificado.
De cuatro aceradas puntas
Con cruda violencia roto,
Vierte el divino cadáver
Cuatro sangrientos arroyos.
Bárbara impiedad le ciñe
De espinas diadema tosco,
En que le añade al tormento
Nuevas puntas el oprobrio.
En la esfera de su frente
La infame nube de abrojos
Palideces de su bulto
Inunda en licores rojos.
¡Oh coronas! ¡Oh laureles!
Venid á aprender el modo
De halagar como apreciables,
Hiriendo como injuriosos.
¡Es éste, es éste el semblante
En quien los ángeles todos,
Con temblor reverentes,
Fijan los sedientos ojos?
¡Este, á cuyos sacros rayos
El serafín respetoso
En las abrasadas plumas
Oculta trémulo el rostro?
¡Cómo, gran Sol de justicia,
Sufres que en vuelo afrentoso
Los vapores de la culpa
Suban á empañar tu sòlio?
Pero quieres que deshechos
Esos infieles estorbos,
Subiendo á tu luz injuria,
Bajen piedad á mi polvo;
Que mal el velo purpúreo
Cela su oculto tesoro;
Pues si le emboza en afrentas,
Le descubren los embozos.
¡Cómo, á pesar del tormento,
Se ostenta el sagrado rostro

ROMANCES.

Más divino en lo paciente
Que antes se mostró en lo hermoso?
Vuelto hácia la tierra espera:
Que al hombre, á sus voces sordo,
Como enamorado busca,
Y busca como piadoso.
La sangre que sobra al pecho
Ofrece inclinado el rostro;
Que al amor sobran piedades,
Si falta crueldad al odio.
Desnudo el sagrado cuerpo,
Sufre que el rencor rabioso
Con dura irrisión le labre
Nuevas cruces de sus ojos.
Ya de la ofrecida tierra
El racimo misterioso,
Exploradores robados,
Muestran de la cruz los hombros.
La cándida vestidura,
Teñida en el sacro mosto,
Se queja de que ha pisado
El duro lagar el solo.
Yo veo que mis errores,
Cuando á decirlos me postró,
A la voz de confesarlos,
Eco responde piadoso.
SALVE, REGINA.
Salve, Emperatriz sagrada,
Que en esa región empírea,
Triunfante ocupas la diestra
Del Rey eterno á la silla;
Tú, á quien la celeste curia
Venera, aplaude y publica
Del Hijo, Espíritu y Padre
Por Esposa, Madre é Hija;
Cuyas vencedoras sienes,
De luz inmortal ceñidas,
Coronando las estrellas,
Se coronan de sí mismas;
En cuya veste las gracias,
Ya infusas y ya adquiridas,
De la caridad el oro
Con vario lustre matizan.
Salve, Regina.
Madre de misericordia,
Alba, en cuya luz benigna
Baña en piedades sus rayos
El claro Sol de justicia.
Paloma, que desplegaste
Aquella triunfante oliva
Cuyas pacíficas ramas
El óleo eterno destilan.
Tú, en cuyos sacros oídos
Responden siempre propicia
Los ecos de la clemencia
A la voz de la fatiga.
Nube, á quien en sacros visos
El iris dulce rubrica,
Que entre Dios y entre los hombres
El piadoso pacto firma.
Tus castos brazos ofrece
Aquella inmensa primicia
Que dió de infinita deuda
Satisfacción infinita.
Salve, Regina.
Vida en cuyo sacro aliento,
Cuando piadosa le inspiras,
El gran cadáver del orbe
A nuevo ser resucita.
Sol, que á los helados pechos,
A quien blando fuego aplicas,
En las sombras de la muerte
Enciendes luz de la vida.
Judit, que á la patria opresa
Redimes con diestra invicta,
Siendo á tu planta desprecio
Los triunfos de tu cuchilla.
Ester, que al cautivo pueblo
Con tu dulce ruego libras
La macilenta garganta
I Ps.-XVIII.

Los raudales de sus ojos
Añaden líquidas iras.
De los infelices sauces
Pendientes las dulces liras,
Al aire de los gemidos
Hacen el llanto armonía.
Salve, Regina.
Ea, pues, dulce Abogada,
Desde el sòlio en que dominas,
A la cárcel en que yacen,
Tus blandos ojos inclina.
Vuelve tus ojos benignos,
Cuyas luces compasivas,
De sus duros calabozos
Las tristes nieblas disipan.
Por tí nuestra errante huella,
Dulcemente corregida,
Después del destierro largo,
La eterna patria repita.
Muéstranos el dulce fruto
Que en tus brazos recopila
La fecundidad gozada
De la tierra prometida.
Aquél racimo precioso,
Cuya púrpura exprimida
A los abrasados pechos
Castas embriagueces brinda.
¡Oh tú clemente, oh piadosa,
Oh tú dulce! Pues se cifran
Piedad, dulzura y clemencia
Sólo en decir: ¡Oh Marial
Desplega, oh Virgen, los labios,
Con cuya purpúrea cinta
La diestra de las venganzas
Con blando vínculo ligas.
A los sempiternos solios
Suba tu oración benigna,
Confundiendo las distancias
De escuchada y conseguida.
Haz que tu afligida pl. be,
Viendo de Jesús cumplidas
Las inefables promesas,
Por tí y en él siempre vivan,
Salve, Regina.

ROMANCE.

A la sombra de Dido, huyendo de Eneas.
Con atropellada fuga,
De Dido la sombra vaga
Burla del piadoso Eneas
Los suspiros y las plantas.
El verde Eliseo fatiga,
Y de su huella la estampa
Con intempestivas flores
Su hermoso rumbo declara;
Que mal el bosque la ceta,
Si, á despecho de sus ramas,
Cuanto su pena oscurece,
Tanto su belleza aclara.
Ya del anhelante jóven
En los brazos implicada,
En humo vano resuelve
Su hermosura y su esperanza.
Del aire en que se convierte
Con fulminantes palabras,
Cuanto halagaba la vista,
Tanto el oído amenaza;
¡Adónde, perdido, adónde,
El infiel curso arrebatas,
Y á quien engañando huyes,
De nuevo fingiendo engañas?
¡Qué bien doradas disculpas
Fementido el labio traza,
Para que segunda ofensa
Burla segunda venganza!
Morir podré, aunque estoy muerta;
Pruebe tu traición la saña;
Que á filos de ingratitudes,
Serán mortales las almas.
Preceptos de Jove finges;
Que el que un inocente agravia,

Tiembla si no hace á los dioses
Cómplices en sus infamias.

No acreditan tus disculpas
De su rayo las tardanzas;
Que no delitos tan viles
Merecen tan nobles armas.
En tu vida está tu pena;
Que en sus providencias altas,
Obstinacion permitida
Es culpa más castigada.

De Vénus hijo, blasonas
Su desmentida prosapia,
Como si causa del odio
Fuese del amor la causa.

Puro aborto de los riscos,
A quien la razon fué dada,
Porque hallase en tus cautelas
Peligros mi confianza.

Cándido primer sustento
Tigres te dieron hircanas,
A quien tu labio engañoso
Cambió venenos á rabias.

Helados peñascos fueron
Cuna de tu alevé infancia,
De quien robaste dureza,
Y desmentiste constancias.

Véte, ingrato, véte, en busca
De tu prometida Italia,
Cuyo sólio, en mi ruina
Caduco cimiento labra.

Deja, perjuro, el abismo;
Que en su quietud desdichada
Se malogran fingimientos,
Pues no caben esperanzas.

A cinco cazadores que salieron á un solo, y se volvieron sin hacer caza; anduvieron diez leguas, reventaron cuatro mulas que llevaron el coche, y el señor Marqués de Castelnovo (uno de los cazadores) mató de tres tiros un cabrito.

POESÍA FAMILIAR.

Cierto colegio perito

De cazadores salió
A despoblar el distrito,
Y en solo un dia mató
Cuatro mulas y un cabrito.
Las mulas, desesperadas,
Se lamentan de infelices,
Pues (las fortunas trocadas)
Ven erradas las perdices,
Y á sí se ven desherradas.

Su suerte están maldiciendo,
Porque á las liebres taimadas,
Que el campo van discurriendo,
No las aciertan paradas,
Y á ellas las matan corriendo.

Salió la mosquetería
A la primer luz del alba,
Y con comun alegría,
En lugar de batería,
Todo se redujo á salva.

A salvaguardia convida
Todo el ejército fuerte
A la caza combatida,
Y en cada tiro de muerte
Le dan una fe de vida.

Asestando los cañones,
A gana-pierde disparan
Pacíficas municiones,
Y las perdices se paran
A hablar con los perdigones.

El más tímido conejo
Alegre atraviesa el prado,
Sin mirar por su pellejo,
Y no tiene más cuidado
Que no morir de viejo.

La liebre más perezosa,
Cuando la cuadrilla junta
Con más conato la acosa,
Vuelto el hocico, pregunta
Si mandan alguna cosa.

Extraños son los primores
Con que el juego de la caza
Entablan estos señores,
Pues con cinco matadores

Apénas hicieron baza.
Un cabrito brincador,
Como no entiende la treta,
Vino á pagar su furor,
Sin saber que hay escopeta
Graduada de asador.

Ya un diestro jóven prepara
El fulminante arcabuz,
Ya se le pone á la cara,
Ya le apunta, ya dispara;
Dió fuego, mas no dió luz.

El cabritillo travieso,
Como en cólera le vió,
Procura ganar un *teso* (1),
Y al punto que disparó,
Le pregunta: «¿Es á mi eso?»

Amargo como una hiel,
El cazador le dispara
Segundo tiro cruel,
Y desta vez le acertára,
A no dar muy léjos dél.

Tercera vez (¡suerte impia!)
Se previene á darle como,
Y él, viendo tanta porfia,
Ya que no pudo del plomo,
Se murió de cortesia.

Mirad si el tiro fué bobo
(Dice), de contento ciego,
El inclito Castelnovo;
De hoy más mi boca de fuego
La trueco en boca de lobo.

Cierto es que hace maravillas
Mi destreza singular,
Y así quiero proseguillas;
A otra vuelta he de matar
Todas las siete cabrillas.

Dispara ya sin recelo,
Cazador tan afamado;
Pues quien con poco desvelo
Mata un cabrito parado,
Ya matará un buey al vuelo.

(1) La cima de un cerro ó collado.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON GABRIEL ALVAREZ DE TOLEDO.

DON EUGENIO GERARDO LOBO.

NOTICIAS BIOGRAFICAS Y JUICIOS CRITICOS.

I.

A pesar de la celebridad extensa y duradera de este poeta, son tan escasos los pormenores biográficos que de él se han conservado, que diligentes escritores, que han hecho recientes investigaciones acerca de las circunstancias principales de su vida (1), no dan noticia exacta de los años de su nacimiento y de su muerte, ni del lugar de su naturaleza.

Por fortuna han venido á nuestras manos unos apuntes, que pertenecieron á la coleccion del señor don Bartolomé José Gallardo (2), relativos á la partida de bautismo y al testamento de aquel afamado poeta. Consta en ellos que nació en la villa de Cuerva (3), donde fué bautizado, el dia 30 de Setiembre de 1679, y que fueron sus padres don Eugenio Lobo, natural de Toledo, y doña Maria Rodriguez de la Huerta, natural de la mencionada villa. En edad muy temprana dedicaron á su hijo EUGENIO GERARDO á la carrera de las armas; ya en la guerra de sucesion era capitán de caballos-corazas del regimiento viejo de Granada, y con este título se publicaron varias de sus poesias, en Sevilla (imprenta de Leefdael, 1715), en Cádiz (imprenta de Jerónimo Peralta, 1717) y en otras épocas y ciudades. Si el rey Felipe V abrigaba, como se ha repetido tantas veces, cierta animadversion contra el *capitan coplero*, que en alguna ocasion empleó su festiva musa para burlarse de los franceses, esta animadversion hubo de ser generosa, como la única que puede caber en corazones magnánimos, pues todo da indicio de que el valor, la lealtad y los merecimientos militares de DON EUGENIO GERARDO LOBO fueron tasados por aquel soberano con equidad y sin sombra de encono. Tomó parte en las gloriosas campañas de su tiempo; se halló en los cercos de Lérida y Montemayor y en la conquista de Orán, y pasó á Italia con el mismo Felipe V. En la guerra contra el Austria se distinguió notablemente, y en la brillante y sangrienta batalla de Campo-Santo, junto al Tánaro (8 de Febrero de 1745), recibió cuatro heridas graves, dos de metralla y dos de bala de fusil (4). Tres meses despues estaba todavia curándose de sus heridas en

(1) Los señores don Vicente Barrántes y don Cayetano Alberto de la Barrera.

(2) «Estos apuntes son de puño del señor Basaran, vecino de Toledo, casado con la heredera de GERARDO LOBO (8 de Mayo de 1839). Se conserva el retrato del poeta en la biblioteca arzobispal de Toledo». (Nota escrita, al pié de los apuntes, por el mismo señor Gallardo.)

(3) Esta villa, cercana á Toledo y dependiente de la ciudad, sirvió muchas veces de punto de descanso en las caerías de algunos monarcas españoles.

GERARDO LOBO pasó siempre, áun entre sus contemporáneos, por natural de Toledo. En esta ciudad es-

tuvieron avecindados sus padres durante muchos años, y en ella recibió el poeta su primera educacion. Por eso sin duda la miraba como su verdadera patria, y así lo indicaba en estos versos:

Del Tajo en las arenas,
Piadosísima cuna
De aquel suspiro que arrojé primero....

(4) «Yo salí de la batalla con cuarenta granaderos menos, y con cuatro agujeros más en mi cuerpo.» (Carta de DON EUGENIO GERARDO LOBO al reverendísimo padre maestro fray N., escrita en Bolonia, el 20 de Mayo de 1743.)